

LA PÉRDIDA DE LAS RAÍCES SOCIALES DE LA ACCIÓN POLÍTICA JUVENIL

JUAN MARÍA GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ ¹

Fecha de recepción: marzo de 2011

Fecha de aceptación y versión definitiva: junio de 2011

RESUMEN: La actual crisis económica ha puesto de manifiesto con gran claridad, más que nunca hasta el momento en España, la apatía de la población española en general y de los jóvenes en particular a la hora de enfrentarse a los poderes políticos y económicos responsables. En este contexto, sin embargo, aún se levantan numerosas voces entre los expertos en juventud afirmando que la implicación política juvenil, lejos de verse mermada, se está traspasando a formas de acción política más informales y flexibles. Los datos arrojados por el último informe de la Fundación SM Jóvenes Españoles 2010, no obstante, indican con suficiente claridad no solo que este traspaso no se está produciendo sino que, además, esta apatía política del joven español actual hunde profundamente sus raíces en la desafección social.

PALABRAS CLAVE: Jóvenes, Acción política, Participación social, Confianza social, Rebeldía,

The loss of social roots in the youth political action

ABSTRACT: The current economic crisis in Spain has shown very clearly, more than ever, the apathy of the Spanish population in general and the youth in particular when confronting the responsible political and economic decision makers. In this context, however, many youth experts are drawing the attention to the fact that the involvement of youth policy, far from being diminished, is being transferred to forms of political action more informal and flexible. The data collected from the last report of the Spanish Youth Foundation SM 2010, however, sufficiently indicates not only that this transfer is not occurring but also that the political apathy of modern Spanish youth is deeply rooted in social disaffection.

KEY WORDS: Young, Political action, Social participation, Social trust, Rebellion.

¹ Profesor del Centro de Educación Superior (CES) Don Bosco. E-mail: jm.anleo@gmail.com

«... en este mundo hay cosas insoportables. Para verlo, debemos observar bien, buscar. La peor actitud es la indiferencia, decir: “paso de todo, ya me las apaño”. Si os comportáis así, perdéis unos de los componentes esenciales que forman al hombre. Uno de los componentes indispensables: la facultad de indignación y el compromiso que la sigue».

STÉPHANE HESSEL: *¡Indignaos!*

1. INTRODUCCIÓN

El fenómeno de «despolitización» social tiene ya una larga y azarosa historia. Desde los años cincuenta, varias ramas de las Ciencias Sociales dan cuenta del continuo desarrollo de la toma de distancia del ciudadano común de las dinámicas y los actores políticos, una toma de distancia que, con el tiempo, ha terminado por convertirse en «indiferencia enemiga» (Sloterdijk, 1993: 75). El verdadero problema, no obstante, surge cuando esta «indiferencia enemiga» termina por congelar toda forma de acción política, incluida la confrontación ciudadana a los poderes políticos y económicos, como hemos podido comprobar en los últimos años de crisis en España, especialmente en el caso de la juventud, que parece haber optado por asistir impasible a su propia tragedia económica y laboral sin haber alzado apenas la voz durante estos años de crisis.

El Informe publicado a finales del 2010 por la OIT sobre la situación laboral de los jóvenes entre 15 y 24 años, coincidiendo con el lanzamiento del Año Internacional de la Juventud de Naciones Unidas (OIT: 2010), no podía ser más claro respecto a esta tragedia: el incremento de la tasa de desempleo juvenil en España durante los primeros años de crisis ha sido el mayor registrado en toda Europa junto con el de Letonia, llegando ya al 40% a finales del 2009, frente a la media europea del 21,4%. En el momento de escribir este artículo, según los datos arrojados por la Encuesta de Población Activa del INE del primer trimestre del 2011, la tasa de paro entre los menores de 25 años escala hasta el 45%, siendo especialmente dramática la situación en cuatro Comunidades (Andalucía, Canarias, Valencia y Extremadura) en las que alcanza a más de la mitad de la población dentro de este rango de edad.

Pese al dramatismo de esta situación, no obstante, y en comparación con jóvenes de otros países como los griegos, los ingleses, los franceses o los portugueses, especialmente, la presencia del joven español en las calles reclamando sus derechos, con muy contadas y tardías excepciones como la

manifestación convocada a finales del pasado abril, ha brillado por su ausencia. ¿Es muy diferente este perfil del joven español al del resto de jóvenes europeos? Muy diferente no, ya que no es un caso aislado, único en el entorno de los países occidentales en general y, en particular, de los europeos, en los que la desafección sociopolítica juvenil es más bien la regla que la excepción; pero sí diferente, en cuanto que en él los rasgos característicos del proceso de desvinculación política y, sobre todo, social, como veremos, aparecen mucho más marcados que en la juventud del resto de países. La pregunta clave, por lo tanto, ha de ser: ¿puede esperarse que acaben afectando a la juventud española los mismos fenómenos de re-enganche político que, según bastantes fuentes, se están empezando ya a producir en otros países occidentales? Y de ser así, ¿puede esperarse que lo hagan con la misma intensidad?

En los últimos años, no pocos estudios de juventud, la gran mayoría de ellos vinculados en España de una u otra forma al Injuve, afirman que se está produciendo un fenómeno de reenganche político semejante al detectado en otros países tanto en Europa como en otros muchos países fuera de la Unión (ONU: 2007, cap. 7) y, además con las mismas características que se han podido observar en el caso del resto de países. Este proceso, a grandes rasgos, se perfilaría como sigue (Benedicto y López Blasco, 2008; Funes, 2008; Spannring, 2008):

- En la *postdemocracia*, término acuñado por Colin Crouch para designar este nuevo periodo democrático, el aburrimiento, la frustración y la desilusión arrastradas por la ciudadanía desde hace décadas, chocan frontalmente con una clase política cada vez más distante, menos interesada por sus problemas y necesidades y, al mismo tiempo, cada vez más hábil para sortear y manipular las demandas populares (Crouch, 2004: 35ss.). El alejamiento político de las nuevas generaciones, en este contexto, es consecuencia de numerosas razones culturales y estructurales, como el proceso mismo de globalización (que deja al margen a las políticas nacionales para dar respuesta a las inquietudes ciudadanas), el progresivo abandono de la tradición, o la desilusión democrática e institucional. En este nuevo contexto, y como reacción precisamente a las nuevas coordenadas sociopolíticas que surgen en él, se produce una disminución de la implicación política formal, una forma de participación, en palabras de Inglehart (1996), «dirigida por las élites», en la que se incluye el voto o la afiliación a partidos políticos. Los ciudadanos de las sociedades postmaterialistas, según la teoría de este autor, no abandonan realmente la participación política, sino que se niegan a *seguir el juego* a una élite política que se percibe alejada, concentrada en sus propios intereses y de la que, consecuentemente, se desconfía.

- No obstante, esta disminución de la implicación política formal se vería compensada, especialmente entre las generaciones más jóvenes, en las que el nuevo espíritu postmaterialista mejor ha arraigado, por la expansión de formas informales de participación (llamadas también «no convencionales» o «no dirigidas por las élites»), más acordes con una concepción de la democracia según la cuál la participación es «un objetivo y un valor en sí misma», y más críticas con la naturaleza jerárquica y estructurada de la democracia representativa contemporánea. Acorde con el nuevo significado que toma entre la juventud el término «buen ciudadano», se asegura, la huida de los jóvenes de la política solamente puede constatarse manteniendo una definición muy estrecha y anticuada del término (Benedicto y Morán, 2002). Los jóvenes, se afirma desde esta perspectiva, no huyen de lo político, sino que se *desplazan* a nuevas formas de acción, de la esfera política a la «esfera cívica-comunitaria dentro de los nuevos marcos organizativos» (ibid. 105). ¿Cuáles son esas nuevas formas de acción? Los movimientos antiglobalización, las ONG u otro tipo de asociaciones reivindicativas (como la defensa de los derechos humanos, ecologistas y de protección de animales) así como la participación social directa, no mediada: acciones directas espontáneas, voluntariado, protección de los animales o nuevas formas de protesta política, como la «fiesta-protesta-callejera», etc. (Spannring, 2008: 46).
- Además, estas nuevas formas de participación, en contra de lo que pudiese pensarse desde la reflexión política tradicional, no implicarían una menor implicación sociopolítica, sino más bien lo contrario. Según un estudio publicado por Ernesto Ganuza basado en el análisis multivariable de los datos de la Encuesta Social Europea, las actividades participativas vinculadas a las asociaciones y al uso de canales institucionalizados explicarían mejor la hipótesis de la desafección política que las actividades no convencionales, ya que aquellos que toman parte en este tipo de actividades muestran «una actitud más marcada de interés por la política (que no cercanía a los partidos políticos)», así como una «mayor confianza social» e «interacción social en el tiempo libre» (Ganuza Fernández, 2008: 110). En este nuevo contexto, subraya Jorge Benedicto (2008: 14):

«La heterogeneidad social, cultural e ideológica de los jóvenes y de sus procesos de incorporación al espacio público juega un papel secundario como factor explicativo de las posiciones políticas de las nuevas generaciones, las cuales tienden a ser valoradas desde posiciones más morales que sociopolíticas».

En fuerte contraste con este hipotético estado de «reenganche» socio-político informal juvenil, los datos arrojados por el último estudio de la Fundación SM, *Jóvenes Españoles 2010*, realizado a partir de 3.513 entrevistas válidas en todo el territorio español y con un nivel de confianza de dos sigmas, ponen de manifiesto que, en la actualidad, la gran mayoría de los jóvenes no solamente está abandonando el terreno político, tanto el formal como el informal, sino que, y esto es mucho más grave, cualquier terreno de acción social que pudiera servir de tierra abonada para la futura emergencia de una acción política. Veamos estos datos con detenimiento.

2. DESINTERÉS POR LA POLÍTICA Y DISTANCIAMIENTO DE LAS PRÁCTICAS FORMALES E INFORMALES DE ACCIÓN POLÍTICA

Aunque el objetivo prioritario de este artículo es mostrar la erosión de las bases sociales de la participación política de los jóvenes españoles, se hace conveniente comenzar nuestro análisis si no con una descripción pormenorizada de todos los datos recogidos en el Informe FM, sí por lo menos con la exposición sucinta de aquellos que mayor relevancia tienen para nuestro objetivo, es decir, los más estrechamente relacionados con el desinterés, la desconfianza y el distanciamiento juvenil tanto de la política y los políticos como de la acción política formal e informal. Veámoslo brevemente:

1. DESINTERÉS POR LA POLÍTICA Y PERCEPCIÓN DE LEJANÍA DE LOS ASUNTOS POLÍTICOS

Diversos estudios, tanto nacionales e internacionales, señalan el profundo desinterés de la juventud española por las cuestiones políticas, una cuestión, no está de más decirlo, en la que, aun siguiendo las líneas generales del resto de la juventud europea, los españoles destacan. Así, por ejemplo, de acuerdo con el último informe *Juventud en España* del Injuve, entre el año 2004 el 2008 el porcentaje de jóvenes españoles que afirmaba no tener «nada» de interés por la política aumenta de un 38 a un 50%. Si a este último porcentaje le añadimos el correspondiente a «poco interés», el porcentaje total asciende hasta el 80% (Funes, 2008). En comparación con el resto de jóvenes de la Unión Europea, los españoles son los que menor interés demuestran por las cuestiones políticas relativas a su propio país, junto con los luxemburgueses, belgas y rumanos (FLASHEUROBAROMETER 202, Young Europeans, 2007). En nuestro estudio de la Fundación SM, una im-

portante mayoría de los jóvenes, el 56,5%, suscriben la frase «la política no tiene nada que ver conmigo, no afecta para nada mi vida privada». La política les cae lejos. Es, ante todo, asunto de los políticos, probablemente de toda la corte política y económica, pero en definitiva, ni suya ni de los suyos. Varios datos más, arrojados por este estudio, confirman esto. Pocos jóvenes, menos de un tercio (30,9%), afirman seguir frecuentemente la información política en los medios de comunicación, un 5% menos que en el Informe del 2005. Menos aún, uno de cada cinco, hablan o discuten con frecuencia sobre temas políticos, lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que la política no es precisamente un tema de conversación muy apreciado entre la población española ².

Y, por último, una mínima proporción de ellos, el 6,5%, participan en algún foro o chat sobre política o actualidad social, lo que, teniendo en cuenta el escaso porcentaje de jóvenes que afirma realizar un seguimiento de la información política, por un lado y, por otro, la poca costumbre existente de tratar temas de esta índole en las conversaciones cotidianas, este dato difícilmente podría sorprender a nadie. A no ser, eso sí, que se sostenga el desplazamiento de la actividad política juvenil al ámbito social y, especialmente, el relevante papel que están jugando en este sentido las nuevas tecnologías de comunicación (Norris, 2002: 188ss.). Obsérvese, en este sentido, que los jóvenes afirman no participar en foros o chats *ni* sobre política *ni* sobre «actualidad social». Los jóvenes, de esto no cabe la más mínima duda, hacen un uso intensivo de estas nuevas tecnologías: según los datos de nuestro estudio, el 76% usa internet con frecuencia, y para muchas cosas distintas como, por poner solo los ejemplos más significativos, realizar búsquedas en Google (88,6%), descargar música y películas (79 y 70%), ver videos en Youtube (74,9%), u obtener información relacionada con el ocio (58,7%). Y por descontado, para relacionarse: el 67% entra en comunidades virtuales y el 80% dedica tiempo al chat. Pero ¿para hablar de qué? De todo... y de nada. De todo lo que les interesa, de sus experiencias, sus preocupaciones, su música, sus grupos y cantantes favoritos, de su consumo, sus *quedadas* o sus rutas de ocio. Y ¿porqué no?, también de nada, hablar por hablar, por el simple placer de la conversación. Pero lo que está claro es que no para hablar de lo que la mitad de ellos exactamente reconocen que

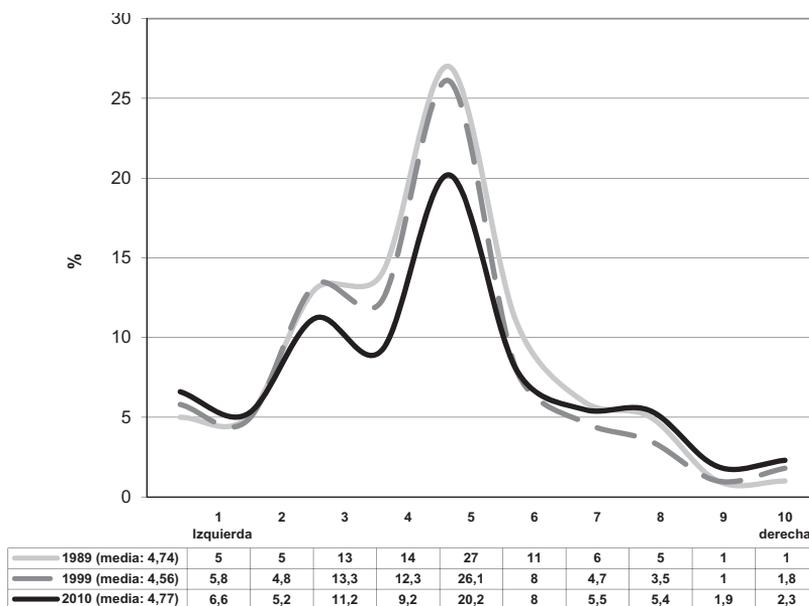
² Según los datos del Eurobarómetro, uno de cada tres ciudadanos españoles afirman no hablar nunca de temas políticos, siendo así, junto a los británicos y portugueses, los europeos que menos tratamos este tipo de temas en nuestras conversaciones (EUROBAROMETER 223, Social Capital, 2005). Consecuentemente, en la familia española también se habla poco de política. Según los datos de del estudio del Injuve anteriormente citado, casi la mitad de los jóvenes, el 49,6%, afirma que, durante su infancia y su adolescencia «prácticamente nunca» se hablaba de política con sus padres y familiares, y el 20,4%, que se hacía «pocas veces».

no le interesa «nada» y el 80% «nada» o «casi nada», de lo que casi nunca hablaron ni en casa ni en ningún otro sitio: de la política y, lo que es mucho más alarmante, de los problemas sociales.

2. PÉRDIDA DE RELEVANCIA DE LAS COORDENADAS IDEOLÓGICAS TRADICIONALES

Al ser preguntados por su posicionamiento político, los jóvenes del 2010 se ubican, con una media de 4,77, en el centro-izquierda del espectro político, unas décimas más hacia el centro que en 1999 (4,56) y que en el último Informe del 2005 (4,28). Ahora bien, como puede observarse en el gráfico 1, la evolución en las dos últimas décadas, desde 1989, no se caracteriza tanto por un cambio sustancial en el perfil de la curva de autopoicionamiento político de los jóvenes, no pudiéndose constatar sino levísimos incrementos en el porcentaje de jóvenes situados en las posiciones más extremas del espectro (posiciones 1 y 2; 8, 9 y 10), como por las cuantiosas pérdidas en las posi-

GRÁFICO 1
AUTOPOSICIONAMIENTO POLÍTICO JÓVENES 1989-1999-2010



ciones centrales del espectro, las de izquierda moderada, centro-izquierda y centro-derecha (posiciones 3 a 7). ¿A dónde han ido todos esos jóvenes? A ningún sitio. Simplemente no están, es decir, no se posicionan: el porcentaje de ellos que, por una u otra razón, prefieren no situarse en ningún punto de la escala izquierda/derecha («no sabe/no contesta») era, en 1989, del 12%. Diez años más tarde, en 1999, asciende ya al 18,7%. Y, en los últimos 10 años, vuelve a aumentar, hasta situarse en el 24,5%. En la actualidad, por lo tanto, prácticamente uno de cada cuatro jóvenes no se posicionan políticamente, bien porque no ven reflejada su tendencia política en la escala, bien porque rechazan la dicotomía izquierda-derecha. O por ambos motivos.

3. FALTA DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA FORMAL E INFORMAL

La falta de identificación con una ideología puede ser vista quizás como un mal menor para el funcionamiento de una democracia, si aceptamos una posible redefinición de conceptos y un desplazamiento de las coordenadas políticas dentro de un nuevo discurso social, pudiendo llegar a ser incluso considerada como una consecuencia inevitable de la evolución propia de la democracia. No sucede lo mismo, sin embargo, con la participación política, el núcleo central de la ciudadanía desde que comienza a generarse un cuerpo teórico sobre ella (Rivero, 2000: 153). Victoria Camps es tajante en este sentido:

«La participación política es, ella misma, un deber (...) una obligación para todo aquel que acepta que la democracia es una forma de gobierno bajo la que es bueno vivir. La democracia no se entiende sin la colaboración de los ciudadanos, sea esta del tipo que sea» (1999, 97).

Según nuestros propios datos, la gran mayoría de los jóvenes ni utilizan los canales tradicionales de participación política ni, menos aún, los informales. Veámoslo con mayor detalle: Menos de un tercio de los jóvenes de 18 a 20 años, el 30,8%, vota. Y algo menos de la mitad, el 46,7%, de los de 21 a 24 años. En este caso la evolución más interesante que se puede observar desde el último informe del 2005 es el retroceso, en diez puntos porcentajes, de un 43,6 a un 33,7%, de quienes prevén hacerlo en el futuro siendo el descenso incluso algo mayor para aquellos que aún no han tenido oportunidad de hacerlo aún, los jóvenes entre los 15 y los 18 años: si en el 2005, el 63% de estos jóvenes pensaba que votarían en el futuro, este porcentaje disminuye hasta el 51,5% en el 2010. Estos datos contrastan vivamente con las opiniones manifestadas por los jóvenes sobre la importancia del voto en un sistema democrático, poniendo en evidencia, una vez más, la brecha entre palabra y acto, entre los valores declarados y el compromiso real. Según los datos del *Informe Juventud en España 2008*, el 85% de los jóvenes mostraba su acuerdo

con la frase «en democracia, todos los votos importan» y un 52,4% entre los 20 y los 24 años consideraba que votar «es una obligación moral»³.

Menor relevancia aún que el voto tienen, para los jóvenes, tanto las formas de acción política informal más tradicionales, participar en acciones reivindicativas y de protesta o firmar peticiones de recogida de firmas, como las más novedosas, relacionadas con el mundo de las nuevas tecnologías, pasar un sms o e-mail de acción política o ponerse en contacto con un político a través del un mail (o carta): ni una sola de estas acciones es realizada siquiera por uno de cada siete jóvenes. Ni siquiera la que, según datos del Eurobarómetro, ellos mismos consideran la acción política más eficaz para «asegurar que mi voz sea escuchada por los políticos»: participar en una manifestación. Al presentarles la misma pregunta a jóvenes de otros países de la Unión Europea, éstos parecen decantarse por otras opciones, como «ser miembro de un partido» en Alemania o Austria, «de un sindicato» en Irlanda o «participar en debates», la opción más elegida en Francia, Inglaterra, Italia, Holanda o Bélgica. Los jóvenes españoles, de hecho, son los únicos, entre todos los jóvenes europeos, que colocan la participación en manifestaciones a la cabeza de la lista de acciones políticas eficaces (FLASHEUROBAROMETER 202, Young Europeans, 2007). Y sin embargo, según nuestros propios datos, solamente el 12,2%, algo menos de un punto porcentual más que en el 2005, reconoce participar en «acciones reivindicativas o de protesta» (expresión en la que se incluyen las manifestaciones, pero que es incluso más amplia), el 10,8%, haber participado en el pasado (nada menos que un 14,8% menos que en el 2005). Algo similar sucede con las nuevas formas de participación no formal relacionadas con las nuevas tecnologías: si bien una amplia mayoría de los jóvenes cree en su efectividad en el terreno político⁴ son muy pocos, no obstante, los que las utilizan: un 6,1% para difundir información o llamadas a la acción a través de sms o mail y un modestísimo 4,4% para ponerse en contacto con

³ La brecha no solamente se abre entre las opiniones y los actos. También puede constatarse una cierta incoherencia en el propio pensamiento juvenil sobre el voto, lo que claramente revela la fuerte ambivalencia del joven ante una forma de acción política que reconoce necesaria para el funcionamiento de la democracia pero que, al mismo tiempo, percibe como «jugar aceptando las reglas» de un juego que sabe turbio y, por lo tanto, como una «obligación molesta» (Spannring, 2008: 53). Así, al tiempo que el 53,1% de los jóvenes de 15 a 29 años consideraba que «hay que votar, es una obligación moral», el 67% hacía suya la frase «no votar es tan legítimo como votar» (Funes, 2008).

⁴ Según los datos del Informe Juventud en España 2008, el 60,6% de los jóvenes considera que las nuevas tecnologías «facilitan que los ciudadanos puedan contar sus ideas a los políticos», el 61,3% que sirvan para «ampliar la participación de la gente en la toma de decisiones» y el 76,1% que faciliten «comunicarnos con personas que defienden ideas similares a las nuestras» (Funes, 2008).

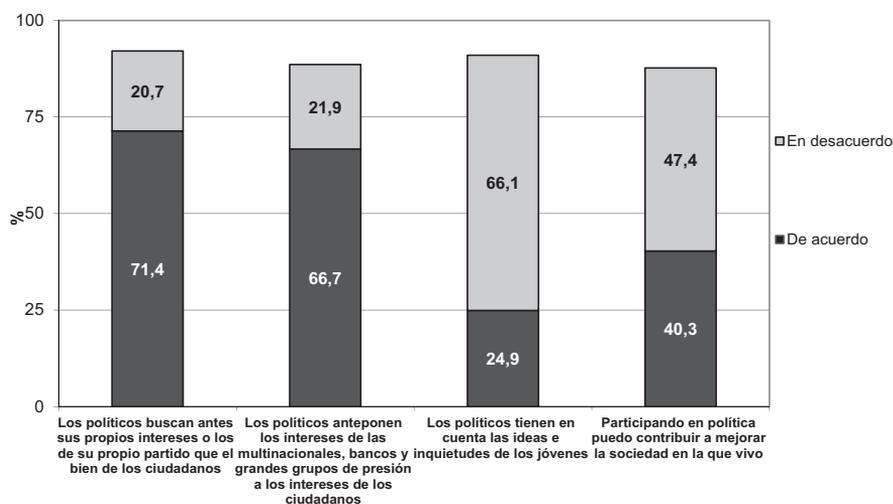
un político. Se hace evidente así que, pese a las esperanzas depositadas por muchos (los políticos los primeros) en el papel de estas nuevas tecnologías en la reactivación de la implicación política juvenil, tal papel es muy modesto y que, como subraya Gil Calvo «lo que se gana por el lado virtual y global de la balanza no parece que pueda compensar a lo que se pierde por el lado real y local» (2007: 154).

4. FALTA DE FE EN EL SISTEMA POLÍTICO Y EN LOS POLÍTICOS

El despego político de los jóvenes y su consiguiente falta de interés por formas de participación, tanto formales como informales, son en parte consecuencia de la falta de fe en el sistema democrático. «El problema no es que no existan cauces», escribe Victoria Camps, «el problema es más hondo: no se cree en la democracia, se desconfía de los políticos, se desaprovecha la libertad y no se buscan canales de participación porque se consideran superfluos» (1999, 101). Los datos arrojados por nuestro estudio confirman plenamente esta idea: el porcentaje de aquellos que se decantaban por el sistema democrático había descendido diez puntos porcentuales desde el último informe del 2005 hasta el actual, es decir, de un 82,6 a un 72,3% en algo menos de cinco años. Hay que suponer, asimismo, que dada la forma en que se les formula esta pregunta, pidiéndoles que opten entre el sistema democrático y un gobierno autoritario, estos datos no son sino un pálido reflejo de una realidad mucho más dramática. Ahora bien, ¿qué significa exactamente que los jóvenes no creen en el sistema democrático? Y sobre todo ¿implica esta falta de fe necesariamente, como afirma Victoria Camps, que no se busquen canales de participación por considerarlos superfluos?

Los datos expuestos en el gráfico 2 nos dan valiosas pistas para responder a estos interrogantes: la gran mayoría de los jóvenes comparten una visión deplorable de la clase política: el 71,4% considera que «los políticos buscan antes sus propios intereses o los de su propio partido que el bien de los ciudadanos», el 66,7% que «anteponen los intereses de las multinacionales, bancos y grandes grupos de presión a los intereses de los ciudadanos» y, acorde con esta imagen, solamente uno de cada cuatro jóvenes considera que los políticos tienen en cuenta sus ideas e inquietudes. Dada la estrecha identificación de la clase política con la política que parece establecer el joven, no puede extrañar que su forma de ver aquella como una camarilla de intereses propios, distante, desinteresada por las necesidades y demandas de los ciudadanos especialmente de las suyas propias, se convierta en una visión más amplia de la política como un club restringido a los políticos y la élite económica y, posiblemente, por extensión, de la democracia como una forma legitimada de cleptocracia.

GRÁFICO 2
VALORACIÓN DE LA POLÍTICA Y LOS POLÍTICOS



Fuente: Jóvenes Españoles 2010, Fundación SM

3. ACTITUDES HACIA LOS GRUPOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

En el apartado anterior hemos rastreado las actitudes y los comportamientos juveniles dentro de la esfera política en busca del supuesto desplazamiento hacia formas más «sociales» o «informales» de acción política. A partir de este punto, y dado el poco éxito obtenido, desplazamos nuestra búsqueda de formas más flexibles de implicación al plano de la confianza y la participación social.

A la vista de los datos arrojados por el *Informe SM* (tabla 1), se hace evidente que nos encontramos ante un panorama muy diferente al desierto de confianza institucional que viene siendo ya característico desde hace más de quince años (Gonzalez-Anleo, 2006) para adentrarnos, a medida que nos acercamos a tipos organizativos más flexibles, con principios y metas más cercanas a los valores y al sentir juvenil, quizás no en un vergel (lo que sería a todas luces bastante exagerado) pero sí por lo menos en tierra verde, fértil..., en definitiva: aún habitable. Ahora bien, la pregunta inevitable que surge a la vista de la evolución histórica de los datos mostrados por esta tabla es ¿por cuánto tiempo? Los datos no brindan muy buenas noticias a este

respecto. Parecen indicar, por el contrario, que también bastantes de los grupos y movimientos sociales tienen sus horas contadas, por lo menos en lo que se refiere a la aprobación que les dan los jóvenes. Porque aprobación, no está de más recordarlo, no es confianza y mucho menos participación, implicación, compromiso. Teniendo esto en cuenta ¿qué nos dice la tabla? A grandes rasgos, debemos destacar dos cuestiones: la primera, que incluso este vínculo tan débil de acción social se está deshaciendo: lo que desaparece no es *un* vínculo concreto con uno u otro grupo o movimiento, conclusión a la que podría haberse llegado hace diez años, al contrastar los datos de 1999 y 1994, sino la aprobación como tal de este tipo de organizaciones, en conjunto. Pero además, segunda cuestión a destacar: este fenómeno se está produciendo a una velocidad cada vez mayor. Veamos ambas cuestiones con mayor detalle:

- Centremos nuestra atención, primero, en los datos ponderados, que incluyen tanto los valores positivos de aprobación como los negativos: entre 1994 y 1999 no se aprecian cambios de tendencia generales, haciéndose necesaria una lectura individual de los datos. Sólo puede apreciarse un descenso significativo, protagonizado por los grupos ecologistas, y dos ascensos por encima de lo común, el de los movimientos de gays y lesbianas, por un lado y, por el otro, de los feministas. Esta imagen cambia, sin embargo, entre 1999 y 2005, pudiéndose ya observar claramente el comienzo de un descenso generalizado. Entre estos años todos los grupos y movimientos pierden aprobación entre los jóvenes, y con especial fuerza los feministas, de apoyo y acogida de refugiados e inmigrantes, provida y nacionalistas. Esta tendencia se confirma de 2005 a 2010. Todos los grupos y movimientos vuelven a perder con sólo dos excepciones: los movimientos antiglobalización, que suben algo, y los movimientos provida, que se mantienen igual. Más importante que la tendencia general es, sin embargo, la aceleración del proceso: entre 1999 y 2005, por ejemplo, los movimientos ecologistas pierden 0,04 puntos, entre 2005 y 2010, 0,35; los movimientos pro-derechos humanos, por su parte, 0,19 y 0,27; los de apoyo y pro-enfermos de SIDA, 0,11 y 0,33, etc.
- Esta tendencia se vuelve más dramática, si cabe, al dirigir la mirada a los datos correspondientes a la máxima aprobación («aprueban totalmente»). En el anterior caso, al observar los datos ponderados, el descenso generalizado comenzaba a percibirse ya con claridad entre 1999 y 2005. Sin embargo, cuando se tienen en cuenta sólo los datos de máxima aprobación no sucede lo mismo, manteniéndose bastante estables entre aquellos dos años. Entre el último informe de 2005 y el actual, por el contrario, también éstos se ven afectados, y mucho, descendiendo para todos los grupos y movimientos sin una sola excepción.

TABLA 1
 APROBACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES
 EVOLUCIÓN HISTÓRICA 1994-2010

	1994		1999		2005		2010	
	Índice medio	Aprueban totalmente						
Ecologistas o protección de la naturaleza	3,39	52	3,26	40	3,22	44	3,01	31
Pro-derechos humanos	3,34	48	3,41	45	3,22	47	2,95	32
De apoyo y pro-enfermos de SIDA	3,30	46	3,35	47	3,24	47	2,91	29
En contra de la discriminación racial ⁽¹⁾	3,36	50	3,26	45	3,12	44	2,88	30
Pacifistas	3,22	45	3,13	35	3,11	41	2,86	29
De apoyo y acogida a refugiados e inmigrantes	3,06	35	3,10	32	2,85	30	2,69	22
Gays o lesbianas	2,55	23	2,85	28	2,80	32	2,64	23
Movimientos de la mujer, feministas ⁽²⁾	2,94	31	3,12	38	2,82	29	2,57	20
Movimientos antiglobalización					2,27	21	2,37	16
Provida (en contra del aborto)	2,44	21	2,40	17	2,07	16	2,08	12
Nacionalistas	1,98	9	2,12	8	1,84	9	1,84	7

Fuente: Jóvenes Españoles 2010, Fundación SM.

⁽¹⁾ En 1994 y 1999: «Contra la segregación racial».

⁽²⁾ En 1994 y 1999: «Movimientos de la mujer».

Esta evolución de los datos suscita varias reflexiones. En primer lugar, es conveniente recordar que hay diferencias significativas entre la necesidad que tienen las instituciones de la confianza de los jóvenes y la de ella tienen los grupos y movimientos sociales. A largo plazo, no cabe duda, la falta de confianza de los jóvenes podría conseguir debilitar lo suficiente una institución como para que ésta termine encontrándose en un verdadero atolladero. Pero sólo, hay que tenerlo en cuenta, a muy largo plazo. Pero éste no es el caso de los grupos y movimientos sociales, ONG muchos de ellos, que necesitan con urgencia tanto colaboración económica como la implicación efectiva de voluntarios. La confianza sigue siendo, como se subraya en el último informe sobre *La colaboración de los españoles con las ONG y el perfil del donante*, el principal motivo por el que se dona a una

ONG, y el más importante a la hora de elegir entre una y otra para hacerlo, bastante más que el tipo de proyectos que lleven a cabo, la zona de acción en la que opere o su orientación política o religiosa (AEF, 2009).

Es asimismo necesario plantearse que si la aprobación baja, antes o después baja la confianza. Y si ambas lo hacen, la participación de los jóvenes en este tipo de organizaciones, inevitablemente, terminará disminuyendo. No solamente la *implicación*, que analizaremos en el próximo apartado, sino también la participación en tantos y tantos eventos y acciones que se organizan precisamente con el objetivo de captar jóvenes e involucrarlos más activamente (desde manifestaciones a conciertos benéficos o simplemente fiestas).

Quizás es ya demasiado suponer pero, si todo esto sucede, como de hecho ya le ha sucedido a más de una institución, ¿es posible que a medio y largo plazo la falta de contacto directo con este tipo de organizaciones termine socavando más aún la aprobación y la confianza depositada en ellas, precipitando definitivamente al vacío lo que hasta el momento era una relación sana y, hasta cierto punto, fructífera? Demasiados «síes» y demasiados «quizás», pero este tema, sin duda, los merece. Por dos razones: primero porque, no está de más insistir en ello, los grupos y movimientos sociales no son instituciones y su supervivencia sí depende de la aprobación de los jóvenes, de su confianza en ellos. Pero, además, porque como ya hemos comentado, se trata del último terreno, como nos disponemos a ver, aún *habitable* de la esfera social juvenil, es decir, del que se extiende más allá de sus relaciones con su grupo de amigos y familiares. El último terreno, *extramuros*, aún fértil.

4. PARTICIPACIÓN SOCIAL

Antes de Dejar atrás el terreno las actitudes y de valoraciones para adentrarnos en el de la *implicación efectiva*, no está de más preguntarse ¿en qué consiste exactamente el paso de una a otra? ¿Qué relación existe, si alguna, entre la esfera de las actitudes y la del compromiso y la acción?

En nuestra opinión, distorsionaría bastante la lectura de los datos tener en cuenta solamente una relación lineal entre ambas esferas, es decir, si considerásemos la participación de los jóvenes en las asociaciones o su implicación con personas y causas exteriores a su grupo de amigos y a su familia simplemente como una materialización de sus actitudes. Este tipo de relación entre ambas existe, no cabe duda. Las aportaciones sobre cultura cívica realizadas por autores como Gabriel Almond y Sidney Verba (1980), ponen de manifiesto la existencia de una estrecha relación entre

la confianza social y la cultura participativa en el seno de una sociedad. Cuanto más se confía en las instituciones y en las organizaciones, más activamente se participa en ellas y, concluyen los autores, mejor funciona el sistema democrático. Este fenómeno, lógicamente, también puede ser leído en sentido contrario: cuanto mayor sea la participación en este tipo de instituciones o grupos, cuanto mayor cercanía y conocimiento tanto de sus objetivos como de su funcionamiento interno o de personas de carne y hueso dentro de ellas y, por último, cuanto más profunda la implicación con sus causas, mayor confianza e implicación afectiva podrá, por lo general, esperarse.

Lo dice el conocido refrán español: «El roce hace el cariño». El cariño y, cabe añadir, la identidad ya que las actitudes empujan a la acción y ésta, por su parte, las refuerza y, además, da forma a las identidades. Precisamente ahí es donde reside una de las diferencias más notables entre las actitudes anteriormente expuestas y la implicación, en la fuerza con la que esta última forja y es capaz de mantener las identidades colectivas de los sujetos ¿Cómo? Tanto a través de la absorción comunitaria de ideas y objetivos compartidos como a través de la fidelidad a éstas, al mismo grupo y a uno mismo. «La fidelidad», escribe Comte-Sponville recordando a Montaigne «es el verdadero fundamento de la identidad personal». «¿Por qué debo mantener mi promesa de la víspera si hoy ya no soy el mismo?», se pregunta el autor a continuación: «por fidelidad» (1995, 67). Antes que la falta de tiempo o la desilusión con los ideales colectivos y el creciente desapego, por lo tanto, la identidad y la fidelidad serán los principales escollos con los que tendrá que vérselas, en la actualidad, la participación juvenil: «la identidad colectiva», sentencia Todorov, «ha dejado de tener buena prensa. Es sospechosa de ser una especie de conspiración contra la libertad individual» (2008, 83).

Esta es la esencia del carácter de la *modernidad líquida*, expresión acuñada por Zygmunt Bauman (2000) para designar la sociedad actual. En este tipo de sociedad, la fidelidad y la identidad colectiva, así como los derechos y obligaciones que éstas conllevan, atan de pies y manos, obstaculizan los movimientos y constriñen la iniciativa. La «levedad del ser», primer mandamiento de una sociedad consumista inimaginable sin una moda cada vez más efímera, difícilmente es capaz de soportar la «gravedad» de la fidelidad a sí mismo y a una colectividad, la «gravedad» de la identidad: «los sólidos que han sido sometidos a la disolución, y que se están derritiendo en este momento, el momento de la modernidad fluida», escribe Bauman, «son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivos —las estructuras de comunicación y coordinación entre las políticas de vida individuales y las acciones políticas colectivas—» (ibid. 12).

TABLA 2
 ASOCIACIONES A LAS QUE PERTENECEN
 LOS JÓVENES EVOLUCIÓN HISTÓRICA 1994-2010

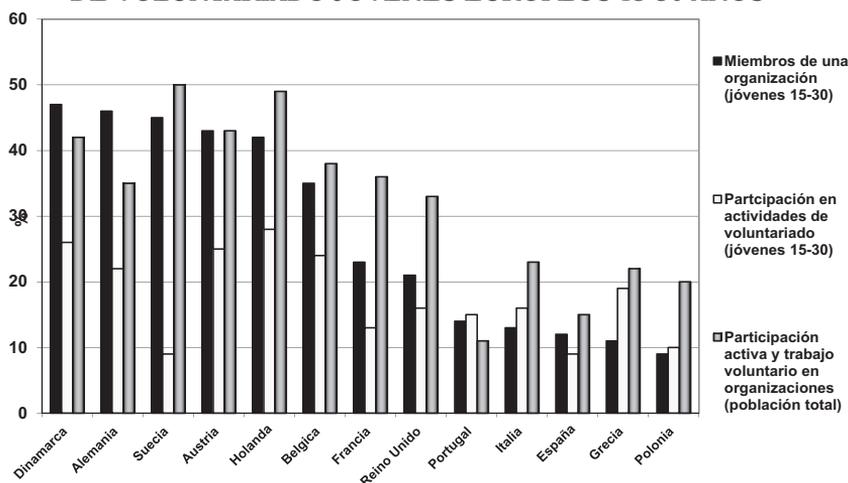
	1994	1999	2005	2010	2005 - 2010
Ninguna	69	70	80,9	81,0	▲
Deportivas	14	12	5,6	6,5	▲
Educativas, artísticas o culturales	6	5,5	4	3,1	▼
Sociedades locales o regionales (peñas, fiestas, cofradías, etc.)	-	-	2,7	2,8	▲
Benéfico sociales, ayuda a los demás	2	3	2,1	2,4	▲
Juveniles (scouts, guías, clubes juveniles)	6	6	2,6	2,3	▼
Ecologistas, protección de la naturaleza/ animales	2	1,6	1,6	1,6	-
Religiosas	4	3,5	2,5	1,6	▼
Sindicatos	1	0,8	1,2	0,9	▼
Partidos políticos	1	0,8	1,1	0,8	▼
Derechos humanos	1	0,5	0,9	0,8	▼
Ayuda y cooperación al desarrollo del Tercer Mundo	-	-	1	0,8	▼
Mujer, feministas			0,3	0,3	-
Antiglobalización			0,2	0,1	▼

Si aceptamos que los jóvenes son la punta de lanza de esta transformación descrita por Bauman y no perdemos de vista el análisis que hemos realizado hasta el momento de sus actitudes hacia los diferentes movimientos sociales, es difícil que nos sorprendan los siguientes datos sobre participación. La tabla 2 recoge la evolución desde 1994 hasta el 2010 del porcentaje de jóvenes que no participan en ninguna institución (en negrita) y el de los que participa en alguna. Como puede observarse, las diferencias entre los datos del anterior informe del 2005 y este son puramente anecdóticas. Los ascensos son ínfimos, un 1% la participación en asociaciones deportivas y apenas unas pocas décimas en sociedades locales o regionales y benéficos sociales. Pero también son mínimos los descensos, con la diferencia, eso sí, de que estos últimos no afectan sólo a tres asociaciones, como en el caso anterior, sino a las diez restantes. Sólo dos de estas caídas son especialmente llamativas, la de las asociaciones educativas, artísticas o culturales y la de las religiosas, y por dos razones: la primera, porque en ambos casos las pérdidas son superiores a la media, en torno a un 1%, y la segunda, bastante más importante, porque son las únicas que no experimentan ni una ligera remontada desde 1994.

Lo que no es en absoluto anecdótico es que los datos casi no sufran variaciones con respecto al 2005. Como puede apreciarse claramente en la tabla, si se observa la evolución del porcentaje de jóvenes que no pertenece a ninguna asociación, el *gran hundimiento* se produce entre 1999 y 2005. Entre estos dos años, casi un 11% de jóvenes se *da de baja*. La importancia de los datos del 2010 radica, más que en la miniatura porcentual de ascensos y descensos con respecto al 2005, en que constatan lo que hace cinco años quizás podría haberse interpretado solo como un capricho estadístico: la participación social también se hunde. Conveniente tener aquí en cuenta que no se pregunta a los jóvenes solamente por su participación en asociaciones de carácter altruista o asociaciones comprometidas con un ideal social (que en los datos del 2010 apenas consiguen superar el 9% de participación), se les pregunta por todo tipo, *cualquier* tipo de asociación, desde deportivas hasta culturales o, simplemente, juveniles.

Los anteriores datos se vuelven aún más dramáticos al ser contrastados con los del resto de países de Europa ¿Puede apreciarse el mismo abandono social entre los jóvenes europeos? La media europea de participación juvenil en algún tipo de organización es del 26% y la de compromiso con alguna actividad de voluntariado, del 17%. Atendiendo solamente a las medias, se hace difícil afirmar que la juventud europea sea especialmente activa. Sin

GRÁFICO 3
PARTICIPACIÓN EN ORGANIZACIONES Y ACTIVIDADES
DE VOLUNTARIADO JÓVENES EUROPEOS 15-30 AÑOS



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Flash Eurobarometer 202, Youth Survey among people aged between 15-30 in the European Union (2007) y Special Eurobarometer 223: Social Capital (2005).

embargo, como se observa en el gráfico 3, depende mucho de los países. Dinamarca, Alemania, Austria, Holanda o Finlandia, por ejemplo, superan ampliamente los porcentajes medios europeos, rebasando el 35% de participación en organizaciones y el 20% de implicación en actividades de voluntariado. Hay que irse al extremo opuesto, al de los últimos puestos de la lista, para encontrar a España, con 12 y 9% respectivamente.

Junto a los datos correspondientes a la participación juvenil, hemos incluido los del total de la población por países, a fin de llamar la atención sobre una de las causas más importantes del desinterés juvenil en España por la participación: la falta de cultura asociativa. Los países en los que mayor actividad en este aspecto puede observarse entre los jóvenes son los que tienen, al mismo tiempo, los mayores niveles de participación para el conjunto de la población. El caso de España no es una excepción: el porcentaje de españoles que pertenecen activamente a algún tipo de organización o que ofrecen su colaboración como voluntarios, el 15% exactamente (menos de uno de cada seis), es el más bajo de toda Europa, por debajo de todos los países con la única excepción de Portugal. La participación social no es una cuestión a-cultural, un impulso primario que surge, sin más, en un campo yermo. Asociarse y crear una identidad colectiva son, ante todo, habilidades sociales que el joven aprende de sus padres y educadores, de las figuras públicas, de sus ídolos musicales, del cine o la televisión.

Como novedad en los estudios de la Fundación SM, en este último informe nos hemos propuesto, además, llegar hasta los rincones más recónditos de la integración social del joven y explorar sus actividades sociales informales, realizadas de forma esporádica y que no requieren de un alto grado ni de compromiso ni de participación por parte del joven. Nos empuja a ello un buen número de razones. La primera de todas, bastante evidente por los datos que acabamos de analizar, es la deserción de los jóvenes del plano *duro* de la participación social, el de los compromisos estables, las lealtades duraderas y las identidades colectivas *extramuros*. ¿Queda algo ahí fuera? ¿Se trata de una deserción de la *res publica*, en el sentido más amplio de la expresión, o es por el contrario, solamente, consecuencia de la alergia institucional del joven, extendida ahora a toda forma de organización, desde la asociación hasta el pequeño grupo de intereses? Por último, el abandono de unas formas de participación social más formales ¿alienta o favorece otras formas de implicación quizás algo más modestas?

Como es lógico, hemos intentado recoger información de acciones posibles de encontrar en un joven de 15 a 24 años, excluyendo expresamente alguna que pudiera ser más característica de adultos. Sin embargo, el resultado tampoco puede calificarse de espectacular. El dato más alto es el registrado por «prestar ayuda continuada a algún vecino, persona mayor o inmigrante», una acción que asegura realizar la mitad de los jóvenes.

Sin embargo, la formulación de esta pregunta es muy amplia, abarcando un amplísimo espectro de acciones orientadas a una ayuda, en principio, desinteresada (desde echar una mano a un inmigrante con la tramitación de sus papeles hasta ayudar muy de vez en cuando a un vecino a subir las bolsas de la compra), por lo que nos encontramos con la disyuntiva del vaso medio lleno o medio vacío. Leído a la inversa: 49,4% de los jóvenes no han realizado una sola acción de ayuda desinteresada fuera de su círculo familiar o de amigos en todo un año.

Lo mismo cabe decir para el resto de cuestiones, bastante más concretas, con la importante diferencia de que, en todos los casos, los resultados sugieren, sin margen alguno de duda, que el vaso está bastante vacío: Algo menos de uno de cada tres jóvenes afirma haber dado dinero a personas necesitadas alguna vez en el transcurso del último año; apenas algo más de uno de cada cinco haber asistido a un concierto benéfico, quizás el dato que más llama la atención si se tiene en cuenta que se juega en el campo del propio joven, el de los conciertos de música en compañía de los amigos, una de sus actividades preferidas cuando hay suficiente tiempo y dinero. Además, un 15,2% de los jóvenes afirma haber donado sangre en el último año y, aproximadamente, uno de cada siete, dinero a alguna organización.

Será necesario esperar al próximo informe para constatar si la participación juvenil en este tipo de acciones informales asciende o disminuye. No obstante, lo que indican estos datos sin mucho margen para la duda es que, en la actualidad, todas estas acciones, pese a no obligar a un compromiso o un esfuerzo mantenido en el tiempo, ni estar jerárquicamente organizadas o imponer una convivencia no deseada, no parecen poder compensar el interés que ha perdido el asociacionismo. Cabe plantearse aquí varias cuestiones: ¿en qué medida incluye el joven los anteriores comportamientos sociales en su concepción de *lo político*? ¿Son importantes estas formas de participación social en su forma de verse integrado en la *res publica*? La respuesta a ambas preguntas es, paradójicamente (a la vista de los datos) afirmativa. Según Jorge Benedicto, entre la juventud actual predomina «una concepción de la ciudadanía bastante despolitizada, en la que los significados más explícitamente políticos son sustituidos por una concepción difusa de la solidaridad y el respeto a las normas como base de la vida cívica» (2008, 24-25). En efecto, según la encuesta del CIS *Ciudadanía y Participación*, y en claro contraste con los datos que acabamos de analizar, el 86% de los jóvenes de 15 a 24, a la hora de definir que es ser «un buen ciudadano», priorizaban «ser solidario con la gente que está peor que yo», por encima de «cumplir siempre las leyes y las normas» (80%), «no evadir impuestos» (67,4%), «votar en las elecciones» (57%), «adoptar una postura crítica ante

el sistema político y económico» (55,3%) o «participar en organizaciones y asociaciones» (29,3%) (CIS: Barómetro 2632, 2006)⁵.

5. Y PESE A TODO... ¿REBELDES?

Uno de los datos más llamativos arrojados por el *Informe jóvenes españoles 2010* es el de que, a pesar de la apatía política y social dibujada en las páginas anteriores, la rebeldía sigue apareciendo como una de las primeras señas de identidad de los jóvenes cuando se les pide que se autodefinan. La segunda seña de identidad, para ser más exactos, inmediatamente después de «consumistas» (47%), y por delante de otras trece opciones que se les ofrecían en el cuestionario, entre las que cabe destacar: «demasiado preocupados por la imagen (look, estética)» (38,7), el tercer rasgo más destacado; «egoístas» (30%); «independientes» (30%), «leales en la amistad» (28%); «tolerantes» (21%); «solidarios» (20%) o «idealistas» (17%).

Ante estos datos, y a la vista de lo que acabamos de ver sobre la implicación del joven actual en los problemas sociopolíticos, no es extraño que surjan ciertas preguntas ¿Porqué o en qué sentido se siente rebelde la juventud actual? ¿Es posible serlo asintiendo y disfrutando plenamente (o deseando hacerlo) del sistema vigente, el consumista y sin mostrar el menor atisbo de reacción contestataria frente al sistema?

«¿Qué es un hombre rebelde?» se preguntaba hace ya tiempo Albert Camus en su famoso libro homónimo: «un hombre que dice que no» (1951: 22). Quizá esta respuesta parezca excesivamente sucinta, pero nos permite plantearnos una cuestión fundamental: ¿a qué dicen «no» los jóvenes actuales?, ¿contra qué o contra quién se *re-vuelven*? La conclusión general que se puede sacar de los datos y las argumentaciones presentados hasta aquí es, sin duda: a nada, contra nada, contra nadie. Y menos aún como generación o, por lo menos, con un leve sentimiento de «nosotros» ya que, como se ha visto, desertan de toda forma de acción, social o política, colectiva. ¿Es necesario ese sentimiento para que exista una auténtica rebeldía? Por lo menos en opinión de Camus, sí, imprescindible: la rebelión, escribe, «fractura al ser y le ayuda a desbordarse (ibid. 27). Es posible, por supuesto, que existan rebeldes solitarios, aislados (muchos de ellos de hecho lo están), pero desde el momento en el que todo movimiento de rebelión invoca tácitamente un valor, tomar conciencia de él hace que se adquiera conciencia

⁵ Estos datos corresponden a la suma de los porcentajes obtenidos por las posiciones siete a diez de la escala, siendo uno «nada importante» y diez «muy importante», «a la hora de considerar a alguien buen ciudadano».

de ser colectivo». El autor resume su pensamiento en una fórmula magistral: «yo me rebelo, luego nosotros somos» (ibid. 34).

Una definición clásica del concepto de rebeldía más elaborada que la de Camus, la ofrecida por Robert Merton desde una perspectiva sociológica (1949, cap. IV), relaciona ésta con el sistema social vigente. Para este autor, la rebeldía supone una forma de reaccionar tanto frente a los valores culturales en una determinada sociedad como contra las normas y los medios que ésta ofrece a sus integrantes para la consecución de dichas metas. Al reconocerse consumistas, y no, o por lo menos no mayoritariamente, de forma crítica, los jóvenes actuales reconocen estar dando su visto bueno al modelo cultural consumista y la gran mayoría, probablemente, también a sus medios legitimados, situándose así, por lo según la propia topología mertoniana, en las antípodas de la rebeldía, es decir, en el *conformismo*.

No podemos, claro está, conocer el significado preciso que le otorga cada joven al concepto de rebeldía al contestar a la pregunta del cuestionario de *Jóvenes Españoles 2010*. Pero sí podemos, no obstante, indagar en el significado que ha adquirido en el actual discurso consumista (Frank, 1997; Schor, 2004; Heath y Potter, 2004 y 2005). En la sociedad consumista actual, ser rebelde, según se han esforzado en demostrar estos autores, no es ya una opción para la juventud, sino un deber. Lo quiera o no, y con independencia de si este adjetivo se adecua a sus comportamientos, la juventud actual *tiene* la obligación de responder, de una u otra manera, al papel que la sociedad le tiene asignado: ser el motor del cambio, de nuevas ideas, nuevas modas, nuevas tendencias. Esta parece ser, para su suerte o para su desgracia, por usar una antigua expresión de la sociología clásica, su *función social*.

La rebeldía de nuevo cuño, resultante de su apropiación y redefinición por parte del consumismo, tiene menos lazos de parentesco con la rebeldía idealista de la generación de los años sesenta que, de acuerdo con la propia génesis del consumismo moderno (Campbell, 1988), con la del *buen salvaje*, un viejo icono del romanticismo. En las culturas prefigurativas, como denominó Margaret Mead al nuevo periodo «sin precedentes en la historia» en el que «los jóvenes asumen una nueva autoridad mediante su captación prefigurativa del futuro aún desconocido» (1970, 35), el buen salvaje, refractario al orden civilizado, a la pesada carga cultural y a las convenciones sociales, es venerado por toda la sociedad en la figura del joven.

La rebeldía juvenil de los años sesenta sigue siendo celebrada en nuestras sociedades, no obstante, como mito fundacional, así como sus más poderosos símbolos. En especial la música, el icono más representativo de la perenne rebeldía juvenil (y del negocio que esta representa) y uno de los mecanismos más poderosos para la perpetuación del mito: «alcanzados plenamente los objetivos revolucionarios de los que era capaz, el rock se ha

enquistado en un eterno y poco grácil bucle sobre sí mismo», escribe Ricardo Aguilera en su libro *Generación Botellón* (2002, 190):

«Ya no hay que luchar por ninguna liberación sexual, el estatus juvenil está firmemente asentado, lo del pacifismo queda ya de puertas adentro, los padres no dan la tabarra, las costumbres sociales se han relajado, las drogas blandas están medianamente toleradas, y de las duras mejor ni acordarse. La industria, sin embargo, se ha empeñado en mantener la momia en tan buen estado como ha sido posible, generando nuevas corrientes que pocas veces han pasado de ser pasto para el consumo rápido y desechable».

¿En qué se ha transformado la rebeldía juvenil, por lo tanto, una vez que, por un lado, ha sido despojada de su perfil idealista-revolucionario original y, por otro ha sido reformulada dentro del discurso consumista? Fundamentalmente, y ahí radica su importancia para comprender en profundidad el tema de la integración sociopolítica juvenil, en una pose «salvaje», antisocial o, para ser más precisos, como propone Gil Villa (2008, 61ss.), en una actitud *anarca* frente a la sociedad. Frente al modelo antisocial anarquista, representado por sus padres o abuelos, y característico de las sociedades autoritarias, el autor describe, de la mano del escritor alemán Ernst Jünger, la emergencia de una nueva generación *anarca*, característica de sociedades que pecan de falta de autoridad. Al joven *anarca*, a diferencia de los anarquistas, no le gusta la sociedad, llegando a expulsarla de sí mismo. No trabaja a su favor; no está ni a favor ni en contra de la ley, y aunque la conoce, no la reconoce, despreciando todo tipo de prescripciones, obediendo la norma cuando no les queda más remedio o, simplemente, cuando le interesa; despreciando la implicación y evitando, dentro de sus posibilidades, todo tipo de compromiso «engorroso».

6. CONCLUSIONES

- La desafección política de los jóvenes puede explicarse, al menos en parte, poca duda cabe, como una reacción al distanciamiento y *menosprecio* político del que, como hemos visto, son perfectamente conscientes. Sin embargo, este fenómeno hunde sus raíces más profundamente, hasta la concepción misma de la política, entendida como una forma sobresaliente de participación social. El desinterés del joven por ella no puede ser interpretado sino como otra manifestación más de su desvinculación social.
- ¿Qué hemos encontrado en nuestra exploración de su integración social? Un joven receloso de todo aquel que no esté dentro de su es-

fera íntima, constituida exclusivamente por su familia y sus amigos y que, además, desde hace ya tiempo, no confía en la gran mayoría de las instituciones sociales (entre las que las políticas ocupan un lugar dudosamente privilegiado). Un joven que, consecuentemente, ni participa en ellas, ni en contra de ellas y que deserta de los grandes proyectos sociales demostrándolo, entre otras formas, con su abandono de las asociaciones y organizaciones orientadas a la defensa de las grandes causas y a la lucha por los grandes proyectos, a las que incluso comienza a retirar su aprobación (organizaciones ecologistas, pro-derechos humanos, cooperación al desarrollo, etc.). Un joven, en definitiva, alejado hasta límites inconcebibles del interés básico exigido por la integración política del ciudadano. Un interés, es esencial recalcarlo aquí, sin el que, a diferencia de lo que sucede en otros ámbitos sociales, subraya Niklas Luhmann, «el esfuerzo político está fuera de lugar» (1981, 52). No se trata, por lo tanto, de un joven anti-político, lo que quizá fuera un buen punto de partida, ya que indicaría la existencia, al menos, de una buena materia prima para la acción, sino de un joven al margen de prácticamente cualquier tipo de inquietud ante lo que sucede más allá de su ámbito íntimo, un joven a-social y a-político, carente de la que, en opinión de Hannah Arendt, constituye la primera de todas las virtudes políticas, la *valentía* para arrojarse al mundo y para enfrentarse a él (Arendt, 2005: 157).

- Este perfil sociopolítico del joven, por último, nos obliga a una reflexión profunda sobre la futura dirección de nuestra democracia. Una democracia compuesta por ciudadanos con escaso o nulo interés por los problemas sociales y políticos que afectan a la comunidad no solamente es una democracia enferma (ese lleva siendo el diagnóstico desde hace ya unas cuantas décadas), sino además, y esto es mucho más grave, una democracia a la que será muy difícil curar. En especial cuando la terapia más defendida en la actualidad consiste precisamente en su *maximización*, lo que comúnmente se conoce como *democracia participativa*. Según esta propuesta, el problema de numerosos de los actuales sistemas democráticos reside en su carácter esencialmente cerrado a la participación ciudadana. Esto explicaría tanto el desinterés de esta última por los asuntos políticos, su «indiferencia enemiga», como su falta de implicación en ellos. Ahora bien, lo que hemos podido constatar en los datos arrojados por el *Informe jóvenes españoles 2010* de la Fundación SM va mucho más allá del mero desinterés por la política. Es un desinterés general por lo social, por todo aquello que queda fuera de su atrincheramiento en los grupos primarios. ¿Se puede aspirar, con

estas premisas, a «más democracia», a mayores dosis de democracia directa? Difícilmente. «Lo importante», apunta Giovanni Sartori en este sentido, «es que cada maximización de democracia, cada crecimiento de directismo requiere que el número de personas informadas se incremente y que, al mismo tiempo, aumente su competencia, conocimiento y entendimiento» (1997, 131).

BIBLIOGRAFÍA

- AEF (2009), *La colaboración de los españoles con las ONG y el perfil del donante*, disponible on-line en http://www.aefundraising.org/files/documentos/PerfilDonante_AEFundRaising.pdf
- AGUILERA, R. (2002), *Generación botellón*. Madrid: Ed. Oberón.
- ALMOND, G. A., y VERBA, S. (eds.) (1980), *The civic culture revisited*, Newbury Park: Sage Publications, 1989
- ARENDT, H. (2005), *La promesa de la política*. Barcelona: Paidós, 2008.
- BAUMAN, Z. (2000), *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2007.
- (2001), *Comunidad*, Madrid: Siglo XXI, 2008.
- BENEDICTO, J., y LÓPEZ BLASCO, A. (coord.) (2008), «Jóvenes y participación política: investigaciones europeas», en *Revista de Estudios de Juventud*, 81.
- (2008), «Jóvenes y participación política: investigaciones europeas», en *Revista de Estudios de Juventud*, 81.
- BENEDICTO, J., y MORÁN, M. L. (2002), *La construcción de la ciudadanía activa entre los jóvenes*. Madrid: Injuve.
- CAMPBELL, C. (1987), *The romantic ethic and the spirit of modern consumerism*, Oxford: Blackwell publishers, 1995.
- CAMPS, V. (1999), *Paradojas del individualismo*. Barcelona: Crítica ed.
- COMTE-SPONVILLE, A. (1995), *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Barcelona: Paidós.
- CAMUS, A. (1951), *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Ed. Losada, 2008.
- CROUCH, C. (2004), *La posdemocracia*. Madrid: Taurus.
- FRANK, T. (1997), *The conquest of cool. Business Culture, Counterculture, and the rise of hip Consumerism*. Chicago: The University of Chicago Press.
- FSM (2006), *Jóvenes españoles 2005*. Madrid: Fundación SM.
- (2010), *Jóvenes españoles 2010*. Madrid: Fundación SM.
- FUNES, M. J. (2008), «Cultura, política y sociedad», en *INJUVE: Juventud en España 2008*. Madrid: Injuve, tomo 4.
- GANUZA FERNÁNDEZ, E. (2008), «¿A qué llamamos participar en democracia? Diferencias y similitudes en las formas de participación», *RIS*, 49: pp. 89-113.
- GIL CALVO, E. (2007), «La deslocalización de la protesta juvenil», en *Revista de Estudios de Juventud*, 76: pp. 147-161.
- GIL VILLA, F. (2007), *Juventud a la deriva*. Barcelona: Ariel.

- GONZÁLEZ-ANLEO, J. M. (2006), «Relaciones e Integración», en *Jóvenes Españoles 2005*, Madrid: Fundación SM.
- HEATH, J., y POTTER, A. (2004), *Nations of Rebels. Why Counterculture became consumer culture*. New York: HarperCollins Publishers.
- (2005), *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura*. Madrid: Taurus.
- HESSEL, S. (2010), *¡Indignaos!*. Barcelona: Ediciones Destino.
- INGLEHART, R. (1996), *Modernization and posmodernization: cultural, economic and political change in 43 societies*. Princeton: Princeton University Press.
- LUHMANN, N. (1981), *Teoría política en el Estado de Bienestar*, Madrid, 2007.
- MEAD, M. (1970), *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*. Buenos Aires: Granica editor, 1971.
- MERTON, R. (1949), *Social theory and social structure* (revised and enlarged edition). Illinois: The Free Press, 1957.
- NORRIS, P. (2002), *Democratic Phoenix. Reinventing political activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- OIT (2010), *Tendencias mundiales del empleo juvenil*, edición especial sobre la repercusión de la crisis económica mundial en los jóvenes, Ginebra. Disponible en http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_emp/---emp_elm/trends/documents/publication/wcms_150034.pdf
- ONU (2007), *World youth report 2007, young people transition to adulthood, progress and challenges*, disponible online en: <http://www.un.org/esa/socdev/unyin/wyr07.htm#wyr07>
- RIVERO, A. (2000), «Ciudadanos, repúblicas, estados y cosmópolis: algunos temas de la teoría política contemporánea», en *Revista Española de Ciencia Política*, 3, octubre de 2000: pp. 151-158.
- SARTORI, G. (1997), *Homo videns, la sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus, 2008.
- SCHOR, J. B. (2004), *Born to buy*. New York: Scribner, 2005.
- SLOTERDIJK, P. (1993), *En el mismo barco*, Madrid: Siruela, 2008.
- SPANNRING, R. (2008), «“Votamos y después sufrimos”. Opiniones de la gente joven sobre participación: resultados de una encuesta», en *Revista de Estudios de Juventud*, 81: pp. 45-64.
- TODOROV, T. (2008), *El miedo a los bárbaros, más allá del choque de civilizaciones*. Barcelona, Círculo de lectores.